

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR

30

30
CTS



WAGNER BAXTER
CATHERINE DALL OWEN

**HOMBRES
PELIGROSOS**



♥ HAWKS, Kenneth

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

Director:


Año I Francisco-María Bistagne Núm. 66

Such Men Are Dangerous
1935, 1936

Hombres peligrosos

Asunto de Elinor Glyn, interpretado
por Warner Baxter, Catherine Owen
Dale, Hedda Hopper, Claude Allis-
ter, etc.

Dirigido por John Stone *

G. de Ernst  VAJDA ♥

Distribuido por

Hispano Foxfilm, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Postal - Edgale: CONRAD NAGEL

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA



Hombres peligrosos

Argumento de la película

La bellísima Eleanor Fair iba a casarse con uno de los reyes más poderosos de la Banca, el famoso Ludwig Kranz.

El destino, que había favorecido con sus millones a Kranz, habíase mostrado en cambio duro y cruel con la cara del ilustre banquero.

Era físicamente casi repugnante. Un rostro de facciones ordinarias, nariz a lo Cicerone de Bergerac, barba cerrada y negra que acababa de ensombrecer su faz, labios gruesos y mal delineados.

Tenía treinta y tantos años y llegado ya a esa plenitud había sentido con manifiesta intensidad el deseo del amor. Se había dispuesto a encontrar la más bella mujer de su país, y esto lo conseguiría gracias a su dinero inagotable.

Así fue. La bella, la joven, la dulce Eleanor Fair sería dentro de pocas horas su esposa. Pero lo que ignoraba Kranz era que Eleanor iba al matrimonio con una repugnancia casi invencible. Por su propia voluntad nunca hubiera ido al altar. Pero su hermana Murial y su cuñado Freddie le habían aconsejado aquella boda, casi la habían coaccionado para que accediese a ella. Ya se iría acostumbrando a aquella cara... Eleanor era pobre y uniéndose con el banquero alcanzaría la categoría de millonaria. ¿Por qué despreciar un partido tan soberbio?

Mientras Murial daba los últimos toques a la "toilette" nupcial de su hermana, ésta repetía sus lamentos contra aquel casamiento impuesto.

Contemplaba con ojos llorosos una preciosa joya que poco antes el señor Paul Strohm, galante secretario de Kranz, le ha-

1
bía regalado en nombre de éste. Aquella
joya le parecía símbolo de esclavitud.

—¡No puedo... no puedo casarme con él!
—repetía.



—¡No puedo... no puedo casarme con él!

—Ya no te puedes volver atrás, Eleanor... Con el tiempo aprenderás a quererle.

5
La comitiva se puso en marcha hacia la
iglesia, y media hora después ante los nu-
merosos invitados, el sacerdote pronuncia-
ba las palabras de ritual.



La comitiva se puso en marcha...

—Krauz, ¿quieres a esta mujer por es-
posa?... Eleanor, ¿quieres a este hombre
por esposo?

El sí de él fué firme y seguro; débil y
triste el de la muchacha.

Sonó la marcha nupcial, cuyas notas le parecieron a Eleanor tristes como una elegía.

Eleanor, más muerta que viva, dió el brazo a su esposo y los dos salieron del templo, rodeados de la admiración popular. Sólo una señora comentó al oído de otra:

—Ni por todo el oro del mundo me casaría con un hombre con semejante cara.

Luego se celebró el banquete, terminado el cual los invitados comenzaron a desfilar.

Kranz, emocionada, dijo a su secretario Paúl entregándole un cheque de un millón de libras esterlinas:

—Dale esto a mi esposa.

—Creo que lo apreciaría más si se lo diera usted mismo.

—No sé decir esas frases melosas que deben acompañar esta clase de obsequios, Paúl...

El secretario, sonriente, fué a entregar a la novia el importantísimo papel.

Cuando Paúl se hubo alejado, Murial, la hermana de Eleanor, abrazó a ésta y le dijo:

—¡Chiquilla! ¡Un millón de libras esterlinas! ¡Es fantástico!

—¡Ah! Ese hombre parece que ha querido comprarme... Sólo dinero... siempre aturdiéndome con su dinero.

—Pero, mujer, él es así... Tendrás que acostumbrarte a su modo de ser.

Los últimos invitados habían marchado ya... Eleanor, despidiéndose de su hermana, había entrado, pensando en el terrible sacrificio que iba a realizar, en la cámara nupcial. Se estremecía cada vez que creía oír pasos cercanos.

Así pasó un cuarto de hora. En aquel tiempo de silencio comprendió toda la magnitud de lo que iba a ocurrir... ¡Y ella tendría que ser de un hombre tan horrible!

¡Oh, no, no! Pasóse las manos por el rostro como si alejara de sí una terrible pesadilla. Pero, ¿en qué había estado pensando?

Y loca de dolor, sintiéndose débil e incapaz de afrontar las intimidades de aquella primera noche, salió precipitadamente de la alcoba.

En el pasillo encontró a Paúl Strohm, el secretario de Kranz. Lo miró avergonzada, bajó los ojos y prosiguió su camino, como

si temiera que aquel hombre adivinase sus intenciones de fuga.

Paul la vió marchar con el abrigo puesto y le causó extrañeza este detalle. ¿Dónde iba tan alterada? ¿Qué podía ocurrirle?

Mientras tanto, el banquero, pletórico de ilusión, saboreando de antemano agradables momentos, entró en la habitación de su esposa y dióse cuenta de que ésta había desaparecido.

Inquieto la buscó por varias estancias, hasta que al pasar por el corredor y ver a Paul, le dijo:

—¿Has visto a mi esposa?

—Sí... Acaba de marcharse... Llevaba puesto el abrigo.

—¿Se ha marchado!

—Y aquel hombre tan fuerte, tan dominador, lloró como un niño.

—¿Me dejas!... ¿No volverá! ¡Ah! ¿Por qué ha hecho esto? Ya he visto, ya he visto durante esta tarde que huía siempre de mí. ¿Por qué? ¿No le he dado cuanto puede anhelar una mujer?

—Cálmese, señor Kranz... Acaso vuelva.

—No... ya no volverá... ya no volverá.

Y herido por la espina envenenada del desengaño, entró de nuevo en la cámara nupcial que iba a ser para él celda de solitario donde llorar su derrota.

* * *

Murial y Freddie se sorprendieron desagradablemente al ver llegar a Eleanor.

—Me escapé, hermanos míos, me escapé... No puedo soportarlo. Creí poder resignarme a su compañía, pero es demasiado... es algo superior a mis propias fuerzas... Tuve que irme, jamás me hubiera casado con él si tú, Murial, no me hubieses importunado tanto.

—Pero, ¿qué has hecho, criatura? ¿Después de todos mis esfuerzos y luchas para no tener que preocuparnos más por dinero!—dijo Murial.

—¿Dinero! De eso es lo único que sabe hablar Kranz.

—No, Eleanor, no. Has cometido una verdadera locura. ¡Abandonarle en la noche de bodas! Debes regresar a su lado... Es peligroso contrariar a un hombre como Ludwig Kranz.

—Durante todos estos años te he permitido gobernar mi existencia, Murial, pero de aquí en adelante haré lo que estime conveniente. Mi repugnancia hacia Kranz es invencible. Me moriría a su lado.

Y dejando a su hermana y a su cuñado haciendo comentarios desfavorables acerca de su inconstancia, se dirigió a su cuarto de soltera que ahora le parecía como una isla de salvación.

Pasó una noche de desvelo, atormentada por dolorosas visiones. Y entretando, su marido, allá en la lujosa cámara nupcial, se paseaba con un nervioso frenesí de condenado a muerte.

Al cabo de unas horas de cruel nerviosidad, encaminó sus pasos ante un espejo. Al contemplar su grotesca carátula se echó a reír con risa de endemoniado.

Loco... loco... ¿Con aquella nariz cyranea, con aquel aire fosco, con aquellas fac-

ciones deformes quería conquistar la belleza en flor de una mujer? ¡Loco! ¡Imbécil!

Clavó sus uñas en el rostro con un deseo de rasgarse aquella piel y aquellas facciones absurdas.

Pero luego, sombríamente, dejóse caer en un sillón y así permaneció hasta la salida del sol, en una meditación cada vez más honda, en una abstracción cada vez más absoluta.

A las siete en punto de la mañana llamó a su secretario Paul. Su faz ya no denotaba alteración alguna, volvía a adquirir el misterio de la esfinge. Como si hubiese borrado el recuerdo de la mala noche, aparecía decidido y firme como en sus grandes negocios bursátiles.

—Paul—dijo a su secretario, que, comprendiendo lo ocurrido, miraba con temor a su principal—, mándame preparar mi aeroplano para las nueve y media.

—¿Le arreglo también el equipaje?

—Yo mismo lo arreglaré. Y oye, deposita cien mil libras en el Deutsche Bank a la orden de... Pierre Villard..., e igual cantidad en el Banco de Francia.

—Bien, señor Kranz—contestó Paúl, extrañado ante aquellas órdenes.

—Y de hoy en adelante, Paúl..., tú serás el jefe de mis negocios.

Una sombra de inquietud pasó por la mente del secretario. ¿Qué se proponía el banquero? ¿Acaso desaparecer?

—¿No tengo derecho a preguntarle lo que piensa hacer?—le dijo—. Creo ser su amigo...

—Como amigo mío que eres, no me lo preguntarás... Ayer tenía dinero, poder y, según creía, el amor de una mujer. Ahora me falta esto último.

—¿Por qué no pide a su esposa que regrese?

Jamás Ludwig Kranz le pide nada a nadie.

Paúl fué a dar órdenes para que estuviese preparado el avión de Kranz, y más tarde despidió en el aeródromo a su jefe.

Tenía un amargo presentimiento al darle la mano por última vez. ¿Qué pensaría aquella frente hosca, aquel corazón tan duramente tratado en su vida sentimental?

—Adiós, Paúl... ya sabrás de mí—dijo Kranz.

Instalóse en la cabina del avión y éste partió majestuosamente.

Ya en los aires, Kranz dijo al piloto:

—Vamos directo a París... Vuela a una altura de tres mil pies por el Canal.

Media hora después se encontraban sobre el agua. Kranz, sin ser visto por el piloto, puso en el maletín de viaje una carta, y luego se colocó el paracaídas.

El avión volaba a fantástica velocidad. Kranz, seguro de que funcionaba la anilla del aparato de salvamento, abrió la portezuela del avión y dejóse caer en el espacio.

Pronto el paracaídas se abrió, sosteniendo en su descenso al hombre que de tan incomprensible modo se comportaba.

Poco después el piloto se dió cuenta de la desaparición del banquero y realizó inútiles investigaciones regresando desolado al punto de partida.

¿Un accidente? ¿Un suicidio? Al ser registrado el equipaje de Kranz se vino en conocimiento de que la muerte había sido voluntaria. Entre las ropas se encontró una

carta dirigida al juez diciendo que a nadie se culpase de su muerte.

[Trágico epílogo de una boda de conveniencia! La noticia se extendió por todo el país, causando sensación.

Eleanor se enteró del trágico fin de su esposo y no pudo llorar ni una lágrima de dolor. Sin sentir alegría, le pareció sin embargo que se rompían las prisiones en que había estado encerrada su alma.

Paul le entregó una carta de Kranz que había sido encontrada también en el equipaje y que iba dirigida a Eleanor.

La viuda leyó sin emocionarse aquellas cortas líneas en las cuales, en estilo enérgico y crudo, decía el banquero que se mataba por culpa de ella.

Eleanor sonrió tristemente y dijo a su hermana:

—Me acusa de que soy la causante de su muerte.

—Y así es.

—Pues yo no lo creo... Ludwig Kranz no era capaz de matarse por amor.

—De todos modos eres viuda... y tienes un millón de libras.

—Jamás tocaré un céntimo de ese dinero. Te lo juro. Nada quiero de ese hombre a quien odio.

Y su cuerpo, de líneas deliciosas, se estremeció al recordar que había estado a punto de caer bajo las garras de aquel ser repugnante.

* * *

Como había dicho Eleanor, Ludwig Kranz no era hombre capaz de matarse.

Humillado, escarnecido, furioso, tenía ahora más que nunca ansias de vida y de venganza, deseando castigar a la mujer que tan cruelmente le había insultado.

¡Oh, si llegase ese momento! ¿Pues qué? ¿Qué se le iba a resistir a él, que tenía todo el oro del mundo para realizar sus antojos?

Acuciado por una idea reparadora, la quiso poner en práctica y comenzó por simular que se había suicidado.

Por fortuna, el descenso fué feliz. Kranz, convertido desde aquel instante en el señor Pierre Villard, se dirigió a París sin ser reconocido por nadie.

Ya en la capital francesa dirigióse a la clínica de un importante y conocido médico.

—Doctor Goodman—le dijo—, he oído decir que usted es uno de los mejores cirujanos plásticos del mundo...

—¡Oh, no tanto!

—Su fama llega a todas partes. Yo necesito de usted. Quiero que enderece mi cuerpo... que allere mis facciones de tal modo que ningún hombre... o mujer... pueda reconocerme.

El doctor le contempló con curiosidad. Realmente aquella cara era terrible. Y terribles iban a ser los esfuerzos para transformarla. Era el peor caso que había tratado en su vida.

—¿Y por qué desea usted eso, señor Villard?

—Por cuestiones íntimas. He ahí, señor, un cheque de diez mil libras.

—¡Bien... bien! Conformes—dijo mirándole codiciosamente—. Pero quizá tarde un

año en dar a sus facciones una nueva línea... Todo depende de su fuerza de voluntad.

—No me ha de faltar.



—¿Y por qué desea usted eso, señor Villard?

Y desde aquel día quedó a merced del doctor, quien con curiosidad y paciencia empezó su trabajo de embellecer al que era el colmo de la fealdad. Y así pasaron los

meses, muchos meses, durante los cuales Kranz no se movió de la clínica. Llevaba el rostro completamente vendado. Con frecuencia tenía el doctor que realizar sobre la piel operaciones de rectificación, de transformaciones maravillosas... El no había visto aún nada, pero tenía una fe ciega en el tratamiento.

Para distraer sus ocios en la clínica, una enfermera le leía periódicos de su patria.

Un día ella leyó en las notas de sociedad:

"Entre las invitadas a la fiesta figuraba la señora viuda de Kranz, una de las mujeres más atractivas de Londres."

—¡Qué hermosa es, señor Villard!... ¿Quiere usted ver su retrato?

Por entre el montón de vendas los dos ojos negros parpadearon con agresividad.

—No, no quiero verla —respondió—. Léame las noticias financieras.

Algunos meses más tarde, el doctor consideró llegado el momento de quitar los vendajes a Kranz.

¿Habría tenido éxito el tratamiento? ¿Se operaría el milagro?

Kranz, que se sentía nerviosísimo, advirtió al médico:

—Doctor, ¿podríamos estar a solas cuando me quite las vendas?

—¿Por qué no? Marie—dijo a la enfermera—, haga usted el favor de salir.

La enfermera marchóse pesarosa, pues sentía curiosidad por ver el rostro del señor Villard.

Al atravesar ella el corredor encontróse con un caballero que le dió su tarjeta. Era el señor Paul Strohlm, antiguo secretario de Kranz, que como todo el mundo creía a éste muerto.

—El doctor Goodman me telegrafió que tenía unos informes que darme—explicó el visitante.

—El doctor está ocupado. ¿Quiere hacer el favor de esperar?

—Perfectamente.

Mientras tanto, Goodman en su despacho sacaba las vendas que cubrían el rostro del hanquero. Al hallarse la faz al descubierto, lanzó el médico una fuerte exclamación de triunfo.

—¡Magnífica operación, magnífica! ¡Mi-

rese al espejo!—dijo con un entusiasmo de artista.

Vacilante, tembloroso, Kranz acercóse al espejo, y lanzó también un grito de emoción, palpándose la cara, como si estuviera soñando.

¡Qué maravillosa metamorfosis! Sus facciones eran perfectas, delicadas, agradables. Tenía una cautivadora belleza varonil que en nada, en nada recordaba a la horrible fealdad anterior.

—¡Es imposible! ¡Es imposible!—decía sonriente.

—¡Oh, tiene usted una sonrisa muy agradable, amigo mío!... Sonría a menudo.

—¡Pero esto es un milagro! ¿No me engaña? ¿No habrá una combinación en este espejo?

—Nada de eso. Su rostro es auténtico... Ya nada tiene que envidiar usted a los antiguos Apolos.

Conmovido, loco de felicidad estrechó la mano del mago doctor, misterioso creador de la belleza.

Goodman, sonriente, sacó del cajón de

una mesa un cheque de diez mil libras y lo puso en manos de Kranz.

—Y ahora tome usted... No quiero cobrar nada por la operación.

—Pero, ¿por qué me devuelve mi cheque? Lo merece usted con creces.

—No lo quiero, señor—dijo mirándole con una dulce sonrisa—. Después de la guerra mundial establecí un pequeño hospital para ayudar a los lisiados... Pero carecía de dinero... Repentinamente el dinero comenzó a llegar. ¡Millones, millones! Nadie sabía quién los mandaba... pero un día lo averigüé... ¡Era Ludwig Kranz!... Y por esto es que le devuelvo su cheque... señor... Pierre Villard.

—¡Dios mío! ¿Entonces me ha conocido usted... sabe que yo?...

—Su rostro no me era desconocido... Lo trajeron los periódicos a raíz de su supuesta muerte. Pero callaré, no tema. ¡Se lo prometo!

—Gracias... gracias... Pero quédese con el cheque. Yo se lo ruego.

Lo aceptó al fin, y los dos hombres be-

bieron una copa de vino saboreando aquel instante feliz.

—Apareció la enfermera anunciando que el señor Paúl Strohm deseaba ver al doctor. Mientras hablaba contempló a Kranz y sonrió a ese buen mozo a quien le habían dado un elixir de cautivadora juventud.

—¿El señor Paúl Strohm? No le conozco, pero que entre—dijo el doctor.

Cuando la enfermera desapareció, Kranz dijo:

—Es la primera vez en mi vida que me sonríe una mujer.

—Y no será la última.

—¡Ah, una cosa, señor doctor! Ese visitante es mi secretario... Me he tomado la libertad de firmar un telegrama con el nombre de usted para que viniera.

—Bien hecho.

—Ahora veremos si he cambiado mucho, doctor...

Entró Paúl saludando al doctor y haciendo una ligera inclinación de cabeza a Kranz que se hallaba algo separado de ellos.

—Señor Strohm—dijo el médico—, aquí

está el señor que tiene unos informes interesantes para usted.

Paúl avanzó hacia Kranz sin reconocer ni por asomo en aquel hombre arrogante a su antiguo y desdichado amo.

Kranz procurando cambiar la entonación de la voz, dijo:

—Señor Strohm, usted fué el secretario del malogrado señor Ludwing Kranz, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Bueno. ¿Y no se alegra por no tener ya que soportarlo? He oído decir que era un hombre déspota y egoísta.

—Me disgusta en alto grado oírle expresarse así del señor Kranz... No sólo era mi jefe, sino mi amigo.

—¡Cuánto me alegra lo que dices! Paúl, ¿no me reconoces?—exclamó de pronto—. ¡Paúl!

Y repitió esta palabra dándole la inflexión cariñosa con que siempre lo había hecho.

¡Aquella voz... aquellos ojos! Paúl le contempló sorprendido, pleno de asombro,

y entonces vagamente reconoció en aquel hombre al banquero Ludwig Kranz.

—¡Ludwing!—gritó cayendo en sus brazos—. ¡Qué felicidad verle vivo! ¡Y cómo ha cambiado usted! ¡Qué maravilla! ¿Por qué no me dijo lo que pensaba hacer?

—Quería estar seguro de que *ni tú* me reconocerías.

—¿Quién iba a reconocerle? Nadie... nadie le reconocerá nunca... Si usted no llega a decirme...

—Oyeme. Quiero que Pierre Villard disfrute de la vida... Ludwig Kranz ha muerto definitivamente... Soy otro hombre, con otra personalidad... Y ahora te necesito más que nunca, Paúl... para que me enseñes a decir esas cosas bonitas que sabes. ¿Dónde está actualmente mi mujer?

—Creo que en Londres.

—Pues de aquí nos vamos a Londres... Vas a ver lo que ocurre. La venganza es el placer de los dioses... y me gustaría ser un dios.

Y sonreía por primera vez viendo la vida agradable.

Ya en Londres, Kranz no tuvo otro propósito que el de acercarse a su antigua es-



—...*De aquí nos vamos a Londres.*

posa. Deseaba vengarse de esta mujer, hacerle sufrir mucho.

Estaba seguro de no ser reconocido por nadie. ¿Quién iba a imaginar siquiera que tenía alguna relación aquel Pierre Villard, árbitro de la elegancia, con el oscuro Ludwig Kranz?

Cierto día tuvo ocasión en una *hermesse* benéfica de volver a ver a su esposa.

¡Qué hermosa estaba! La contempló de lejos pareciéndole más bella que nunca, aureolada de un nimbo de felicidad que él no le había conocido hasta entonces.

—¡Ingrata! ¡Qué sabrosa iba a ser, si podía, su venganza!

Kranz causaba ahora sensación por su porte apuesto, por su elegancia, por su aire de gran señor cuidadoso de su persona.

Iba repartiendo saludos y sonrisas a la concurrencia femenina, que comentaba las dotes personales del buen mozo.

Habló con varias mujeres y tuvo ocasión de hacerlo con Murial, la hermana de Eleanor que, naturalmente, no le reconoció ni por asomo.

Murail, encantada de la franca conversación y de la simpatía irresistible de aquel

hombre, habló al despedirse de él con Eleanor, a quien explicó:

—Querida, acabo de ser presentada a Pierre Villard... Es un hombre muy interesante.

—Ya sé lo que me vas a decir, Murial... que me lo quieres presentar.

—Eleanor, ¿hasta cuándo vas a seguir despreciando a todos los hombres atractivos que se presentan?

—Hasta que encuentre al hombre ideal, y tú no lo vas a elegir.

Un muchacho encargado de una tómbola benéfica se acercó a Eleanor y le dijo:

—Señora Kranz, no he vendido nada en más de una hora... ¿Quiere ayudarme?

—No puede ser.

—Es para los pobrecitos huérfanos. Sea usted buena para ellos. Rifaremos un beso suyo, ¿quiere?

—Accedo. Es una obra de caridad.

El muchacho empezó a dar palmadas y atraer público hacia su puesto.

—Caballeros—decía—, ¿quién ofrece mil quinientos francos por un beso de esta bellísima dama?

Y señalaba a Eleanor, que, roja como la grana, estaba de pie sobre un entarimado.

Se acercaron numerosos galanes y hasta algunos ancianos dispuestos a saborear aquel beso.

Las pujas aumentaban. Tres... cuatro... cinco mil francos...

Kranz llegó al grupo. Sonrió al ver a su esposa objeto de la admiración popular y ofreció por un beso de aquella boca ocho mil francos... Como nadie aumentara esa cantidad, el beso correspondió al banquero.

Paul saludó a la señora Kranz y presentó a ésta al señor Villard, el hombre afortunado con el premio.

Eleanor, sin reconocer, naturalmente, a su marido, le sonrió con gentileza. Bien dispuesta estaba al beso prometido...

Pero Kranz quiso extremar su galantería. Levantó en brazos a un chiquillo de unos diez años que estaba mezclado en el grupo, y le dio a besar en nombre de él los labios de la bella mujercita.

Aquella actitud digna y versallesca agradó a todo el mundo, que rompió en atronadores aplausos.

—Caballerito—dijo Kranz al niño—, no olvides que hoy has besado a la mujer más hermosa de Francia.



... y le dio a besar en nombre de él los labios de la bella mujercita.

—No tenga cuidado... no lo olvidaré—replicó el avispado muchacho.

Disolvióse el grupo de gente, y Eleanor, cautivada por la exquisita amabilidad de Villard, le dijo:

—Ha sido usted muy amable conmigo, señor..., pero ahora he contraído una obligación para con usted.

—Eso tiene muy fácil arreglo... La consideraré cancelada si me deja permanecer a su lado durante la función teatral.

—Con mucho gusto.

—Señor—dijo el joven encargado del puesto mostrándole una estatuilla—, esta gárgola también es para el mejor postor. ¿Se la quiere llevar?

—Gracias, se la cedo a usted, señora Kranz.

—No, no. Detesto las caras horribles.

—Pues yo la guardaré como recuerdo de un acontecimiento muy interesante. Hagan el favor de enviármela a casa.

Kranz y Eleanor se dirigieron a la sala donde se celebraba en función teatral el cuento de "La Cenicienta".

Esta dulce obra que no fatiga jamás, fué del agrado de todos.

Luego Eleanor y el banquero fueron a pasear por los bellos jardines del parque.

La mujer iba sintiéndose como embrujada por las amables palabras del señor

Villard. Jamás un hombre le había causado una impresión así. Y Kranz, que había recibido lecciones de Paul acerca de la mundología, extremaba su amabilidad galante y exquisita.

—Señora Kranz—le dijo—. Usted es encantadora... ¿Querría dar mañana conmigo un paseo a caballo?

—Sí.

—¿Y cenar conmigo por la noche?

—¿No le parece que eso es mucho pedir, señor Villard?

—Quisiera estar con usted todos los días, hasta que se cansara de mí.

—Bien. Ya veremos. Por el momento, acepto el paseo a caballo.

Se despidieron. Contento del éxito de aquella jornada, Kranz marchó a su casa en compañía de su secretario Paul.

Los negocios iban bien.

Al día siguiente se realizó la excursión a caballo. Sin embargo no quiso ella aceptar la invitación para la cena. Le parecía demasiada confianza.

Y fueron transcurriendo los días, durante los cuales Kranz extremó en términos apa-

sionados su amistad con Eleanor... Y Eleanor iba sintiéndose deslumbrada ante aquel amor que le parecía el definitivo de su vida,



— Quisiera estar con usted todos los días.

el que iba a llevarla a los altares, a la felicidad.

Todas las mañanas, Kranz enviaba ramos de flores a Eleanor. Rosas rojas, claveles, camelias, gardenias... Y Eleanor, an-

te tales cumplimientos, había dicho a su hermana que por primera vez creía sentirse enamorada.

— Esto sí que es un hombre... no aquel Ludwig Kranz—decía.

Una tarde, Paul, que había sorprendido a Kranz ordenando el envío de un nuevo ramo de rosas a Eleanor, le dijo:

—Kranz, creo que sus atenciones para con su señora le han valido su amor.

—Ese es mi único deseo... El anhelo de mi vida.

Llamaron por teléfono. Era Eleanor, que proponía a su amigo salir aquella tarde.

—Muy bien, Eleanor mía, me encontraré contigo en casa del modisto Durand dentro de media hora.

Colgó el aparato y frotóse las manos riendo.

—¡Magnífico! — comentó Kranz —. La viuda de Ludwig enamorada de Pierre Villard... y el idilio se desarrolla ante los ojos de Ludwig Kranz.

—Pero, ¿qué se propone usted? ¿Ama usted a Eleanor?

—¿Amarla? No. No quiero pensar en

eso. Todas mis atenciones, todos mis galanteos son con el propósito de burlarme de ella, de reírme de la que tanto mal me hizo... Durante el año que pasó en la clínica, de noche y de día sólo estuve pensando en la terrible humillación que ella me infirió... Y durante todo este tiempo estuve pensando en el modo de hacer que me quisiera... para luego... abandonarla y reír... reír... ¡Ah, ya verás cuando llegue la hora!

—¡Es usted cruel, Kranz!

—Soy justo. Pago con la misma ley.

Y su puño rozó en el aire una sordida amenaza.

* * *

Kranz se dirigió a casa del modisto Durand, uno de los más acreditados y elegantes de la ciudad.

Eleanor y su hermana Murial habían llegado poco antes. Kranz, siempre gentil,

saludó a las dos damas y dijo a la primera al oído:

—Eleanor, tan bella como siempre...

—Pierre, me gustaría poder creer la mitad de las cosas bonitas que me dices— contestó mirándole tiernamente.

Desfilaban las lindas modelos, tentadoras y magníficas. Ante el bello traje que exhibía una de ellas, Kranz comentó:

—Esta es una creación muy bonita... Me gustaría verte con ella puesta.

Eleanor se echó a reír y al cabo de unos momentos dijo a su hermana:

—¿Quieres cuidarme a Pierre un ratito, Murial? Quiero escoger unos vestidos nuevos.

Marchó Eleanor, y su hermana dijo a Kranz:

—¡Ah! Eleanor gasta un dineral en ropa. Le gustan las cosas bonitas.

—Tiene dinero sobrado para comprar cuanto desea, ¿no es verdad?

—Eso sí.

—Señora—dijo de pronto el joven, decidiéndose—, he estado viendo a su hermana diariamente desde hace meses..., pero

casi nunca a solas... ¿Querrian usted y Eleanor cenar conmigo mañana por la noche?

—¿Las dos?—contestó sorprendida.

—Las dos o una sola... Necesito que me ayude, Murial—agregó mirándola con atención—. Si usted me dejase a solas con Eleanor para expresar a esa mujer todo mi cariño... Si usted hiciese eso... yo... yo...

Miró un brazalete de brillantes que Murial llevaba y que, antes de su boda con Eleanor, Kranz se lo había regalado a su esposa.

—Ese brazalete — añadió — resultaría más hermoso si otro igual le hiciera compañía.

—Me doy por entendida, Pierre—dijo, riendo—. Las cenas son más íntimas entre dos. Yo no estorbaré.

—Gracias, querida.

Volvió Eleanor después de haber escogido varios vestidos. Murial le comunicó el deseo del señor Villard de ir a cenar las dos a la noche siguiente a su casa, y Eleanor aceptó encantada...

Y a la noche siguiente, Kranz daba las

últimas disposiciones para que la cena fuese exquisita.

—René, después de habernos servido el café no te voy a necesitar más esta noche—le dijo a su criado.

—Comprendido, señor.

Instantes después apareció Paúl Strohm, quien entregando unos documentos a Kranz le dijo:

—Su billete para América del Sur, señor... El vapor sale mañana por la mañana.

—Bien, gracias.

—Por favor, déjeme ir con usted, Kranz. Todavía hay tiempo para comprar otro pasaje.

—No, Paúl, iré solo. Es preciso que permanezcas aquí al frente de mis negocios.

Marchó Paúl, desolado ante la terquedad de Kranz.

Al poco rato llegó Eleanor elegantísima. Le extrañó no encontrar aún a su hermana.

—Salí de casa a media tarde y me dijo que estaría aquí a las nueve.

—Ya vendrá... No se preocupe... Pero, ¿qué traje tan hermoso lleva, Eleanor! Es el que me gustó tanto, ¿verdad?

—Ese es el motivo por el cual lo llevo puesto.

—¡Gracias, Eleanor! —dijo apasionado—. He esperado mucho tiempo a que llegara el instante de estar así con usted.

—Llamaron por teléfono.

—Es para usted, pequeña—dijo Kranz entregándole el auricular.

Eleanor se puso al teléfono. Su hermana la llamaba.

—Me he tenido que meter en cama con una jaqueca horrible, Eleanor... No la puedo soportar—decía Muir.

—Entonces...

—No quiero echarte a perder la fiesta. No te muevas. Ya se me pasará. Adiós, Eleanor...

Eleanor avanzó hacia Kranz y le dijo:

—Mi hermana no puede venir. Quizá será mejor que vayamos al Ritz.

—¿Por qué no cenamos aquí... sin que nadie nos moleste... los dos solitos?

—¡Oh, no!... Comprenda...

—Supongo que tiene usted miedo... ¡Una mujer hermosa cenando sola con un solte-

ro peligroso!... Pero no tema... Cene conmigo.

—Bien, aquí me quedo... Tengo en usted puesta mi confianza.

Cenaron espléndidamente... El se comportaba con una exquisita corrección. Ella le sonreía, le hablaba sintiéndose feliz.

Luego les sirvieron el café y el licor, y desapareció el criado obedeciendo las órdenes de Kranz.

La joven se dispuso a marchar.

—Debo darte las gracias por esta velada encantadora, Pierre.

—Quizá sea la última que pasamos juntos... Me marcho para América del Sur mañana por la mañana—dijo.

—¿Te marchas?—preguntó asustada.

—Sí. ¿Te gustaría ir conmigo, Eleanor?

—No puede ser...

—Debes haber descubierto desde hace tiempo que no pienso más que en ti, ¡álma mía!

Y estrechándola febrilmente entre sus brazos la besó con amor, con loco apasionamiento. Por primera vez en su vida conocía

la delicia de aquella boca de flor que había sido suya por ley.

Pero mientras la besaba sentía la tentación de morderla violentamente, de castigarla de modo implacable.

—¡Alma mía—repitió—, si supieras cómo he anhelado que llegase el momento de besar tus labios!

—Yo también te quiero, Pierre, te quiero con toda mi alma...

—¡Huye conmigo!

—No puede ser, no puede ser, bien lo sabes. Daría cualquier cosa por ir contigo, Pierre..., pero no soy libre. Mi esposo no será considerado legalmente muerto hasta dentro de seis años.

Aquella evocación ensombreció las facciones de Kranz.

—Y si tu marido viviera, ¿me querías del mismo modo?

—Jamás significó nada para mí—contestó con desprecio—. Tú comprenderías mis sentimientos si le hubieses conocido.

—Quizá los comprenda mejor de lo que tú te figuras—contestó mirándola esta vez

con ojos severos y con un anhelo de confesar la verdad.

—¿Por qué causa?

—Porque conocí intimamente al señor Kranz... y hasta hay quien dice que nos parecemos mucho...

—¿Qué tonterías! Pero, ¿por qué dices eso?

El la cogió brutalmente por la mano.

—Mírame detenidamente... ¿No encuentras algo familiar en mi rostro?

—Yo...

—¡Fíjate en mis ojos!

Su mirada adquirió un brillo extraordinario, sus facciones se dilataron. Kranz procuró dar a su rostro una vaga semejanza de carátula.

—¿Me reconoces, me reconoces?

—¡Ludwing!—dijo lanzando un grito de horror.

—¡Sí, Ludwing!...—contestó atemorizado sus brazos—. Y ahora ¿qué sensación te causa el estar enamorada de Ludwing Kranz?

—¡Déjame! ¡Déjame!... No lo estoy... no lo estaré nunca... Idolatraba a Pierre Vi-

llard y ha desaparecido... Ahora te detesto más que nunca.

—Pero el dinero que él te dió, aquel millón de libras, no lo detestas, ¿verdad? El te sirve para comprarte vestidos.

—Jamás dispuse de un solo céntimo... te lo puedo devolver mañana mismo... Me gano la vida en casa de Durand... el ordenar trajes es parte de mi trabajo para crear las modas.

—¿De veras no tocaste mi dinero? —dijo sintiéndose desfallecer.

—No. No podía amar a Ludwing Kranz, pero tampoco debía aprovecharme de sus bienes. Soy una mujer leal. Me obligaron a casarme con un hombre al que no podía querer, pero no vivo a su costa.

—¡Eleanor!

—¡Ah! Jamás comprenderé cómo has podido ser Pierre Villard... Eras tan atento, tan galante, tan noble... Y toda esa nobleza no era más que un ansia de desquite, de burla contra mí, ¿verdad?

Kranz estaba abatido. Todo su odio anterior, todo el virus alimentado en su alma había desaparecido casi por ensalmo.

¿Qué había hecho? Tenía aún en los labios el fuego de aquella boca maravillosa, y aun contra su voluntad, la amaba, enloquecía por ella. Kranz y Villard amaron los dos a la misma mujer. El odio no había podido borrar aquel amor que en su corazón se encendiera un día...

—Eleanor—murmuró tristemente—. Sé que me odiarás más cuando te diga que he estado anhelando que se presentara esta ocasión para vengarme... Quería humillarte... que me amases... para reírme luego de tu amor... Pero no puedo... no puedo... Todo ha sido en vano... A pesar del daño y del sufrimiento que me hiciste pasar... no puedo odiarte... porque te adoro.

Ella esta vez, dando un grito de júbilo, se abrazó al joven:

—Te quiero, niño mío... Ahora sé que eres mi Pierre. Ludwing Kranz se hubiera vengado... Y es que no sólo ha cambiado tu cara, sino tu espíritu. El de Kranz era el de un hombre sombrío y solitario, el tuyo es el del hombre exquisito, que sabe decir palabras bonitas a una mujer que le adora.

—¡Eleanor!

Y se fundieron en un abrazo inmenso, en que querían fundir sus almas.

Momentos después, Kranz, olvidando de-



—Ahora sé que eres mi Pierre.

finitivamente su pasado, queriendo borrar hasta de su memoria el recuerdo de aquel grotesco banquero de la nariz a lo Bergerac, telefoneó a su secretario y le dijo:

Oye, Paul... puedes sacar el otro pasaje.

—¡Gracias... qué alegría seguirle, Kranz!

—No, no... No eres tú el que va. Por esta vez te quedas aquí... El pasaje es para mi Eleanor.

Y de nuevo los labios de los esposos se sellaron con un tratado de inquebrantable fe.

FIN

Próximo número:

SED DE CARIÑO

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tío, Barcelona - Arbau, 200 - Teléfono 75087 - Barcelona

La Novela Cinematográfica del Hogar

aparece los sábados y sólo publica
asuntos de buen gusto

Números publicados:

1. Puertas cerradas, por Virginia Valli.
2. Madre pecadora, por Irene Rich.
3. Estrella simbólica, por George O'Brien y Sue Carol.
4. La Lasa del Pasado, por Donald Keith y Helen Foster.
5. La mujer de Satanás, por Marcia Albert y Jack Trevor.
6. Jimmy, el misterioso, por William Haines y Leila Hyams.
7. Nueva mujer, nueva vida, por Dorothy Sebastian, Pat O'Malley y Harry Murray.
8. Amante, por George O'Brien y Janet Gaynor.
9. Tras la cortina, por Lois Moran, Warner Baxter, etc.
10. Los misterios de Londres (La divina pecadora), por Asta Stewart, Creighton Hale y Francis Ford.
11. En la vieja Arizona, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe.
12. Honrarás a tu madre, por Mary Carr.
13. Nobleza burlera, por Ino Alcobierre.
14. Su Majestad El Amor, por Harry Liedtke, Eddie Croy.
15. Amor siniestro, por René Acorón, Thomas Meighan.
16. Eugenia Grandet, por Rodolfo Valentino y Alice Terry.
17. Ana contra el mundo, por Shirley Mason y Jack Mower.
18. La hermana blanca, por Lillian Gish y Robert Colman.
19. De mujer a mujer, por Betty Compson y C. E. Brock.
20. Mujeres frías, por Barbara La Marr y Ramón Navarro.
21. No me olvides, por Bessie Love y Gareth Hughes.
22. El caballero del amor, por Eleanor Boardman y John Gilbert.
23. Estrellas fugaces, por Anneke Benson, Brian Aherne, Donald Crisp, etc.
24. Tobillos de oro, por Sue Carol, Marjorie White, El Brendel, Jack Mulhall, Richard Keene, etc.
25. En nombre de la amistad, por George Lewis, Andréa de Segurola, Juana Alcántiz, Joan Cummins, etc.
26. El prisionero de Zenda, por Alice Terry, Barbara La Marr, Ramón Navarro, Lewis Stone, etc.
27. Sendas traicioneras, por Lila Lee, Robert Ames, Montague Love, Edythe Chapman, etc.
28. El príncipe Stravos, por Harry Liedtke y Eva Evi.
29. Fútbol, amor y toros, por Blanca Rodríguez y Ricardo Núñez.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Gran éxito en las selectas

EDICIONES ESPECIALES DE

La Novela Semanal Cinematográfica

de las magníficas novelas

Del mismo barro

(4.ª edición)

Cuatro de Infantería

Asunto de guerra contra la guerra

Olimpia

por María Alba

Acaba de aparecer:

Monsieur Sans-Gêne

por Ramón Navarro, Marion Hazels, etc.

Próximo número:

Sombras de gloria

por Mona Rico y José Bohr

Los mayores éxitos de la temporada

Gran éxito de la nueva publicación

Novela Teatral

Aparece los miércoles publicando, noveladas,
las mejores obras de teatro

Precio: 30 cts.

Éxito verdad de

La Novela ADAN

Compañera de la no menos atractiva EVA
Publicación semanal

Precio: 30 cts.

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

Ediciones BISTAGNE



Paseja de la Paz, 10 bis

Teléfono 13551

BARCELONA